

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción

Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

San Bernardo, núm. 131, 1.º

GIJÓN

LA MUERTE DEL TIRANO

E. SIENKIEWICZ

La rebelión de las legiones de la Galia, capitaneadas por Vindex, no fué considerada por el pronto peligrosa. Nerón sólo tenía treinta y dos años, y nadie esperaba que el mundo pudiera librarse tan presto del monstruo que lo oprimía, tanto más cuanto que las legiones se habían ya sublevado otras veces durante el imperio de los césares precedentes sin conseguir la deposición del tirano.

Llegaban en tanto de Grecia las noticias de los triunfos inauditos alcanzados por el César, de los millares de coronas ganadas, de la muchedumbre de adversarios vencidos. El mundo entero parecía transformado en una orgía sangrienta y grotesca y en todas partes abriase paso la convicción de que era llegado el término de la justicia, de la virtud, de la honradez, de que habían cedido el puesto a la danza, a la música, a la depravación, al derramamiento de sangre... y de que este sería el curso y el carácter de la vida desde entonces. Nadie se preocupaba de la sublevación de Vindex, ni aún el mismo César, quien, convirtiéndola en pretexto para nuevos latrocinios, se mostraba satisfecho de que hubiese estallado.

No había medio de sacarle de Acaya, y solamente cuando Helio le manifestó que la prolongación de su estancia allí podría costarle la dignidad imperial, se dirigió apresuradamente a Roma.

Su entrada en Roma superó en esplendor y grandiosidad a cuanto se había visto. Iba Nerón en el mismo magnífico carro que sirvió para el triunfo de Augusto. Para que pudiese pasar el cortejo fué derribado uno de los arcos del Circo; salieron a su encuentro el Senado, los jefes militares, una muchedumbre inmensa; los muros retemblaban con los estruendosos aplausos y las formidables aclamaciones. «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Nerón-Hércules! ¡Salve, divino, incomparable, olímpico, pítico, inmortal!»: tales eran los gritos de la frenética multitud. Detrás del carro del César iban las coronas que éste había ganado en Acaya y tablas con los nombres de las ciudades donde había triunfado y de los

rivales vencidos. Nerón, loco de alegría, como embriagado por su propia vanidad, volvíase de cuando en cuando a los augustales que le rodeaban, y les decía:

—¡Qué fué el triunfo de Julio César comparado con el mío!...

Le parecía imposible, absurdo, que un mortal cualquiera se atreviese a poner la mano sobre un artista semi-dios de su grandeza y poderío. Se reputaba invulnerable, olímpico, y esta convicción era reforzada por el delirante entusiasmo de la muchedumbre.

Hubiérase dicho que en aquel día de triunfo, no sólo estaban locos el César y Roma, sino el mundo entero.

Las flores, los montones de coronas, impedían ver el abismo. Pero aquella misma noche las columnas y los muros de los templos se llenaron de inscripciones en las cuales se enumeraban las infamias de Nerón, se le amenazaba con la muerte próxima y se ponían en ridículo sus facultades artísticas.

En tanto, corrían por la ciudad rumores alarmantes, exagerados hasta adquirir proporciones monstruosas; y las gentes, inciertas del porvenir, no osaban expresar sus deseos, ni apenas respirar.

El César, con todo, vivía en apariencia muy tranquilo, sin pensar más que en cosas de teatro y de música.

Cuando llegó la noticia de que las legiones de España, capitaneadas por Sulpicio Galba, se unían a los rebeldes, se enfureció el tirano. Rompió las copas, derribó la mesa del festín, y dió tales órdenes que ni Helio, ni Tigelino osaron ponerlas en ejecución. Exterminar a todos los galos residentes en Roma, incendiar de nuevo la Ciudad, abrir las puertas de los vivarios, trasladar la capital del imperio a Alejandría, parecíanle empresas fáciles, heroicas, maravillosas. Pero la época de su esplendor y de su poderío se hallaba en el ocaso, y sus cómplices de ayer le consideraron como un loco.

Y se renovaron los banquetes, los triunfos, las sentencias de muerte. Pero una noche llegó del campamento de los pretorianos, a galope tendido sobre

un caballo cubierto de espuma, un mensajero con la noticia de que en la misma Ciudad los soldados se habían sublevado, proclamando emperador a Galba.

El César dormía cuando llegó este correo. Levantóse, y llamó a los hombres que debían hallarse de guardia a la puerta de su habitación; pero inútilmente: el palacio estaba desierto. Únicamente en las estancias más apartadas, en los ángulos oscuros, algunos esclavos se apoderaban apresuradamente de cuanto hallaban a mano. Mas la presencia de Nerón les llenó de terror, y también huyeron. Este quedó solo, vagando por las vastísimas habitaciones, en las cuales resonaban sus gritos desesperados.

Al fin acudieron en su auxilio los libertos Faonte, Esporo y Epafrodites, quienes le indujeron a huir, diciéndole que no había un momento que perder... Pero él se resistía, forjándose aún ilusiones... «¿Y si, vistiéndose de luto, se presentase ante el Senado? ¿Podrían los senadores contener las lágrimas? ¿Había acaso en el mundo quien resistiera a su elocuencia, quien no se sintiese conmovido por su declamación, por sus gestos trágicos? ¿Es posible que se negasen a concederle al menos la prefectura de Egipto?...» Acostumbrados a la adulación, los libertos no se atrevieron a contradecirle; mas le advirtieron que si determinaba ir al Senado, antes de llegar al Foro le haría pedazos el pueblo. De pronto le amenazaron con abandonarle si no montaba al instante a caballo, y Faonte le ofreció asilo en una quinta que poseía entre las vías Nomentana y Salaria.

Embozados en mantos negros, se dirigieron al galope hacia las afueras de la Ciudad. Aún no había amanecido; y sin embargo, las calles estaban muy animadas, prueba evidente de la gravedad de las circunstancias. De trecho en trecho hallaban soldados en grupos, o solos, todos al parecer animados de un mismo sentimiento. Cerca de la puerta Nomentana, a la vista de un cadáver, se encabritó el caballo de Nerón y a este se le cayó el manto. En aquel momento pasaba un pretoriano, quien, al reconocer al Emperador, turbóse, y le hizo el saludo militar.

Poco después oyeron a los pretorianos que en su campamento aclamaban

a Galba, y el César por fin comprendió que había llegado su última hora. Invadieron su espíritu el terror y los remordimientos, y vió ante sus ojos una nube muy oscura, desde la cual, según manifestó, le miraban su madre, su esposa y su hermano. Temblaba, castañeteábanle los dientes, y sin embargo, su alma de histrión hallaba cierta voluptuosidad en aquel desenlace terrible. Ser dueño omnipotente del mundo y perderlo todo en un momento, le parecía la situación culminante de la tragedia, y, fiel a sí mismo, seguía representando el papel de protagonista.

Acometióle cierto prurito de emitir sentencias, a fin de que sus acompañantes las transmitiesen a la posteridad. Ya invocaba al famoso gladiador Espículo para que le matase; ya le daba por exclamar:

—¡Me llaman mi madre, mi esposa, mi padre!...

De cuando en cuando renacía en su corazón la esperanza, pero una esperanza vana, infantil. No podía dudar de que había llegado para él la hora suprema; y, sin embargo, se obstinaba en no creerlo.

La puerta Nomentana estaba abierta. Pasaron por el lado del Ostriano, en donde Pedro había enseñado la Verdad y administrado el Bautismo. Llegaron a la villa de Faonte al amanecer. Una vez allí, los libertos dijeron sin ambages ni rodeos al Emperador que era preciso morir. Este, en apariencia resignado, ordenó que le abriesen la fosa y hasta se tendió en el suelo para que le tomasen la medida exacta; pero al ver la tierra removida con las palas, sintióse presa del espanto. El rostro abotagado cubriósele de mortal palidez, y helado sudor bañó su frente como de gotas de rocío. Con voz temblorosa, a la que procuraba dar acentos trágicos, manifestó que aún no había llegado su última hora; siguió luego declamando, y pidió, en fin, que su cuerpo fuese quemado.

—¡Qué artista pierde el mundo!— repetía como en desvarío.

En esto llegó un servidor de Faonte con la noticia de que el Senado había dictado ya la sentencia contra el *matricida*, el cual había de ser castigado según la antigua costumbre.

—¿Y qué costumbre es esa?— preguntó Nerón, pálido como un cadáver.

—Se sujeta al reo por el pescuezo con una horca, se le azota hasta que expira, y se arroja al Tiber su cadáver— respondió cínicamente Epafrodites.

Nerón se descubrió el pecho, y exclamó, alzando los ojos al cielo:

—¡Ha llegado, pues, la hora de mi muerte!

Una vez más repitió:

—¡Qué artista pierde el mundo!

Oyóse en aquel momento galope de caballos. Era un centurión que, al frente de un grupo de pretorianos, venía por la cabeza del señor del mundo.

—¡Date prisal— gritaron los libertos.

Nerón acercó el cuchillo a la garganta; pero su mano cobarde y temblorosa no acertaba sino a rasgar la piel. La

convicción de que no tendría valor para hundir la hoja, movió a Epafrodites a darle un golpe en la mano: el cuchillo penetró hasta el mango. *Barbarroja* miró en torno con ojos extraviados, horribles, llenos de terror...

—¡Te traigo la vida!— gritó el centurión al entrar.

—¡Es demasiado tarde!— contestó Nerón, en el estertor de la agonía.

Y tras breve pausa añadió:

¡Qué fidelidad!...

La muerte fué casi instantánea. Del obeso cuello le salía un torrente de sangre que salpicaba las flores del jardín.

Así pasó Nerón: como pasan el torbellino, el huracán, el incendio, la guerra, la peste.

Pasan las persecuciones y desaparecen los tiranos. Quienes se creen poderosos y dueños del mundo son al fin convertidos en cenizas que avienta el soplo del tiempo.

A través de los siglos, en la colina Vaticana, permanece la Basílica de Pedro como un símbolo de inmortalidad.

Sólo Dios permanece eternamente.

CHARLA

—La verdad, amigo Don José, que la vida está imposible.

—Por Dios, Don Antonio, no me pinte cuadros trágicos, que ya voy bien servido con las sesiones caseras que me da mi mujer en cuanto me pesca.

—Y tendrá usted que oír.

—Yo no le hago mucho caso a mi mujer cuando me habla de la carestía de la vida, porque los mismos discos, con distintos precios, se los vengo oyendo desde hace cuarenta años que nos casamos.

—Pero es que ahora, la cosa se ha puesto seria.

—Y antes lo mismo, pues como le digo, las mismas palabras de hace cuarenta años se las vengo oyendo a mi mujer cuando al medio día y para que tal vez no me haga muy buen provecho la comida me relata las aventuras que tiene que pasar para burlar la vigilancia de los guardias y conseguir la comida de cada día.

—¿Y usted qué hace al final de cada disco?

—Pues según me pille. Unas veces le digo muy seguido: —¡Vaya, vaya! ¡Hay que ver qué cosas pasan! ¡Quién lo habría de pensar!, o cosa parecida. Ella entonces se queda satisfecha, aunque no callada. Otras veces terminamos mal, pues me coge de broma y le digo que si esa aventura última la ha leído en «El Coyote» o si pasó de verdad.

—Y ella...

—Ella entonces me dice muchas cosas tal vez con mucha razón pero... que le voy a hacer. No siempre tengo

dinero disponible para mitigar en parte sus problemas domésticos.

—Sin embargo usted convendrá conmigo en que la vida se ha puesto algo durilla... y hasta incómoda.

—Efectivamente. Para mis adentros comprendo que mi mujer tiene muchísima razón, pues yo no daría palabra de multiplicar todos los días los panes y los peces, pero a ellas les pasa lo que al pastor del cuento: han chillado mucho toda la vida diciendo que viene el lobo y ahora que no podemos remediarlo no tenemos otra solución que dejar que ellas sigan haciendo milagros con nuestros sueldos y contándonos a la hora de comer novelas de aventuras.

—Y usted cree que ésto tendrá remedio.

—Sí, naturalmente. Lo tendrá cuando haya abundancia y el mundo vaya recuperando poco a poco la razón y se dé cuenta que con discusiones bizantinas no crecen las patatas. A no ser que un día las amas de casa entren escoba en mano por esas Organizaciones que tanto discuten buscando la paz del mundo.

—Pero usted ve el problema como un problema mundial.

—Y así es en efecto. Yo no me atrevo a criticar al Gobierno, porque pudiera ocurrir que un día el Gobierno llamase a quienes le critican y entonces veríamos que tanto hombre sabio como anda por ahí suelto, dando «acertadísimas» soluciones, se encontrase en su mano con las riendas del gobierno y es muy probable que nos diría lo mismo que nos dicen ahora, sin que por eso nos aumentasen la ración.

Sin embargo, yo creo que podrían tomarse algunas medidas más eficaces.

—Yo creo también que al Gobierno le complacería poder dar a todos abundancia de alimentos y cuando veo que no lo hace saco la consecuencia que es que no puede.

—Pero ese estraperlo que agobia a todos...

—Es un mal internacional y una consecuencia de la desmoralización de costumbres. El hombre se ha lanzado fuera de los cauces de la moral cristiana y forzosamente tiene que padecer sus consecuencias. En política... ya usted ve como andan por esos mundos. En lo social... se ha emprendido una carrera desenfrenada, temiéndome mucho por la vida de la célebre «gallina de los huevos de oro» y las costumbres... vale más no hablar.

—Y efectivamente, que la gente parece que anda loca con su desmedida ambición aunque sea a costa de la ruina de los demás.

—Todo el mundo anda revuelto. Andan las grandes naciones y los grandes y pequeños gobernantes buscando la solución de los enormes problemas que afligen al mundo y no los encuentran.

—Usted lo cree fácil, Don José.

—Claro que lo veo. Todo depende de volver a empezar y con basar todos los tratados, todas las discusiones, to-

dos los problemas en el principio evangélico que nos dice: «Amaos los unos a los otros...» pues ya está.

—Pero eso no les interesa a quienes han de darle ejemplo.

—Así les luce el pelo. El día que se decidan a llevarlo a la práctica se acabaron las guerras, las carestías, el estraperlo, los tiranos, y hasta se podrían terminar de una vez esos tratados de paz que parecen tan difíciles a los hombres de Estado.

—¿Tiene usted esperanza de que algún día llegue esa época feliz en que impere el amor al prójimo que nos traería un paraíso en la tierra?

—Indudablemente que la tengo, para mí no tardará ya mucho tiempo. Tengo muchos años y lo veré pronto, aunque para ello tengo que morir antes, pues aquí abajo no tengo grandes ilusiones.

—Entonces no nos queda otro remedio...

—...que seguir escuchando las novelas de aventuras de nuestras esposas, confiando en ellas para multiplicar el sueldo del mes y esperando también en que un buen día la radio interrumpa la narración de turno para traernos la grata noticia de que... la guerra ha terminado de verdad en el mundo.

—¿Cree usted que llegará ese día?

—Sí. Dios es muy milagroso.

X.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Hay expectación en toda Palestina porque se acerca la época que según las escrituras va a nacer el Redentor del mundo.

Las discusiones son apasionadas. Los comentarios y pareceres diversos. Sin embargo ninguna señal les aclara el misterio. Los doctores de la Ley discuten y comentan sobre los libros sagrados, pero los hechos aun no han revelado la certeza de las predicciones que hicieron los profetas de todos los tiempos.

Unos, esperan que habrá de llegar como rey de su pueblo para libertarlos del yugo extranjero dándoles la supremacía sobre todos los países del orbe. Otros, esperan que unas nuevas bases habrán de establecerse en el mundo a fin de que la justicia impere sobre todos los hombres. No faltan tampoco quienes esperan que su aparición sea precisamente para castigar a tantos especuladores y vividores como se han cobijado en el Templo de Jerusalén.

No obstante, todos coincidían en que su aparición habría de ser como rey poderoso de todos los hombres, humillándoles con su poderío y con su divinidad.

¡Cuán engañados vivían los que esperaban su venida!

Dios, venía a enseñar y su aparición en la tierra sería la primera lección que habrían de recibir los humanos: la lección de la humildad.

Siempre hubo en el mundo errores fundamentales en los cuales se basaba toda una organización social. Por eso las ilusiones humanas, alimentadas de esperanzas,

jamás fueron satisfechas, porque cimentadas en un error, imposible fué que el edificio así levantado tuviera consistencia.

El egoísmo, la ambición, la despreocupación por el prójimo, hizo a los humanos establecer toda una organización social injusta. Luchan unos contra otros por conseguir un puesto cómodo en el banquete de la vida. Y lo mismo el hombre aislado que las sociedades y los pueblos, buscan su prosperidad sin tener en cuenta el perjuicio que causan a la ajena.

Desde los primeros tiempos, hasta los actuales que padecemos, el hombre y los pueblos no se han ocupado de otra cosa que lograr por cualquier medio un bienestar que satisfaga sus esperanzas de felicidad.

El orgullo los hace despreciar a los demás, la ambición arruina al prójimo, los deseos de vivir rodeado de comodidades y placeres no le dejan mirar al necesitado, al pobre, al arruinado por sus egoísmos, que es su prójimo y que tal vez por su vivir honrado no ha conseguido un mínimo de comodidades a que tendría perfecto derecho.

En todos los tiempos los poderosos vivieron ciegos a la verdad. Por eso los escribas y fariseos de Israel esperaban al Mesías rodeado de poder y de dominio absoluto de todos los pueblos, engrandeciéndoles a ellos más aún y despreciendo a las demás clases sociales y a los demás ciudadanos de otros países.

Se han constituido clases sociales y unas se han postergado a las otras; por eso las revoluciones son frecuentes en la historia, y al repasarlas contemplamos la injusticia que llevaba a los aristócratas de la sangre o del dinero a la guillotina o ante los fusiles de los revolucionarios, pero no vemos los pecados cometidos por algunos de ellos que olvidaron sus deberes para con el prójimo necesitado. Habían sembrado el odio y forzosamente hubieron de recoger mala cosecha.

Hoy como ayer el mundo lucha ferozmente en cruenta guerra. Unas veces hablan los cañones en el campo de batalla, otras es la guerra sorda que prepara otra más cruel.

La injusticia preside las relaciones entre los hombres y los pueblos. Se distancian las clases de la sociedad y se abandona a quien nada tiene para atender sus necesidades.

Se rodea a las ideas o a los hombres de una aureola sobrenatural, como la solución extraordinaria de los graves problemas del mundo. Y más tarde, cuando el desengaño llega a las entrañas de la sociedad, surgen de nuevo las injusticias de la revolución como sube y baja la marea en las orillas de las playas.

La sociedad padece errores fundamentales. Sus cimientos han de ser retocados pues su organización no es perfecta, ni justa. Los hombres y los pueblos han cometido errores en sus principios y forzosamente tienen que rectificar.

En cierta aldea de Palestina, van a ocurrir sucesos extraordinarios que nos darán la solución de nuestros errores.

No perdamos de vista los acontecimientos que se avecinan.

Las profecías van a cumplirse. El Reden-

EXCELSA APELACION

*Al tribunal de la Historia,
acuden en son de paz,
dos almas que, en igualdad,
estaban llenas de gloria.
Grandes en su ejecutoria,
con fe y caridad las dos
de su fama van en pos,
uno dando con heroísmo
un mundo a su patriotismo;
con fe, el otro, un mundo a Dios.*

*—Al Tribunal que presido,
(dice el Juez) muy oportuno
llegáis, a ver cada uno
lo que en vida ha merecido.
Yo, que en justicia decido,
quiero a los dos conocer:
que os pregunte, es menester,
quién sois, en esta ocasión.
—Yo soy Cristóbal Colón.
—Y yo, Francisco Javier.*

*—Yo, pobre desde la cuna,
en mi empeño fui constante,
y llegué a ser Almirante,
sin ampararme en ninguna
ayuda de la fortuna.
—Yo he nacido en la grandeza;
desciendo de la realeza,
y mi fama he conquistado
cuando me vi arrinconado
en brazos de la pobreza.*

*—Persiguiendo una quimera,
América descubrí,
y en cuanto el pie puse allí,
allí planté la bandera
que en mi patria se venera.
—Y yo, que volaba en pos
de un ideal, como vos,
a la India di una ley.
—Yo un nuevo mundo di al Rey.
—Y yo se lo he dado a Dios.*

*—Para lograr mi victoria,
solo tres barcas bastaron:
ellas solas me llevaron,
a la cumbre de la gloria,
que hoy me acredita en la Historia.
—Y yo, siguiendo el consejo
de Dios, en sus manos dejo
el arma de la batalla,
y me entrega en una playa
una cruz en un cangrejo.*

*—¡Basta ya! De tal jaez
son todas vuestras razones,
que vuestros dos corazones
pesan igual. (Dijo el Juez)
Sois los dos hombres de prez;
extraordinarios los dos,
pues si, Colón, fuisteis vos
quien a Dios honró en su Rey
tuviste, Javier, por Ley
honrar al Rey en tu Dios.*

Hermenegildo RODRIGUEZ

tor del mundo va a nacer entre los hombres. Los sacerdotes del Templo de Jerusalén esperan su aparición como dueño y Señor poderoso.

Dentro de pocos días recibirán la primera lección.

R.

Comentando

ESTRAPERLO

El estraperlo es un pecado dividido en dos partes. Es una falta con billete de ida y vuelta. Es una pelota de rebote. Es el diálogo entre dos sinvergüenzas. Es el instrumento del enemigo y el puñal que el patriota inconsciente clava, a traición, a su Patria por la espalda.

Es un pecado dividido en dos partes, porque, si es verdad que el que vende priva a su prójimo de lo vendido, y a su comprador de más dinero de lo que vale, el comprador peca por hacerse cómplice de quien por tonto le toma, y le ayuda a comer lo de los demás, y le alienta con su dinero.

Por la misma razón es una falta con billete de ida y vuelta. Empieza por uno, de este marcha al otro, pero este se lo devuel-

a su primitivo dueño. Trato más que de la mercancía objeto del trato, de la moralidad del mismo.

Es una pelota de rebote, porque el que la arroja contra otro, a la corta o a la larga, nota que de nuevo le tropieza en su conciencia. En esto no valen disimulos ni ocultaciones. La conciencia canta claro, y no hay voz humana que acalle sus gritos.

Es un diálogo entre dos sinvergüenzas. Vamos a verlo:

—Chico, te vendo este litro de aceite en quince duros, porque eres un primo.

—De acuerdo, muchacho. Te lo pago, porque eres un ladrón.

¿A qué más explicaciones? Creo suficiente lo dicho para que todo el mundo lo comprenda y lo reconozca.

El enemigo hace uso del estraperlo, como de un arma de ataque, para privar a la gente de alimentos y de cosas necesarias, y, sobre todo, para que el descontento cunda por todas partes. Y los tontos de nosotros (yo no me excluyo), les hacemos

el juego a los que tan mal nos quieren. ¿Qué logramos con esto? ¿Remediamos acaso nuestra situación? Lo que sí logramos, es que el ambiente esté más turbio de lo que necesariamente tenía que estar, porque somos los mismos de casa los que creamos dificultades y después criticamos a quienes nos pueden incluso considerar como enemigos. Clavamos, en la espalda de nuestra Patria un puñal, más doloroso para ella por ser clavado, precisamente, por los que por buenos hijos suyos son tenidos. ¡Inconscientes de nosotros!

Disculpo muchas cosas, pero reconozco que amparando el estraperlo, lo único que solucionamos es el momento presente, pero a costa de empeorar el futuro. Todo el aceite que pagamos a precio de robo, nos soluciona, provisionalmente, un problema de momento, y para eso a medias, ya que nos deja con la espalda abierta al pensar que dentro de otros dos días tendremos que robar en un banco para comprar otro poco del dorado líquido, y sabemos que cuanto compremos, lo robamos al abastecimiento normal, que nos resultaría más económico. ¡Y somos tan tontos, que retrasamos el advenimiento de la venta barata y libre!

En nuestro pecado llevamos la penitencia. Y somos causa de risa de nuestros explotadores y de nuestros enemigos.

HERO.

JRS Ornamentación Religiosa Artística
Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 VALENCIA
Junto a la Plaza de la Virgen)

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Telefonº 1817 - GIJON

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)